

Nicolas Teyssandier
NUESTRAS
PRIMERAS VECES

30 (PRE)HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	II
La primera huella	13
Las primeras herramientas	17
La primera lección	21
La primera migración	27
La primera cacería	33
El primer caníbal	39
El primer fuego	43
La primera cueva	47
El primer entierro	53
La primera joya	61
La primera cabaña	65
La primera palabra	73
El primer intercambio	77
El primer <i>hashtag</i> (#neandertal)	83
El primer híbrido	87
El primer mamut	93
El primer dios	99
La primera pintura	105
La primera escultura	109
El primer jefe	115
La primera pareja	127
La primera aguja de coser	135
La primera América	139
El primer perro	145
Del primer crimen a la primera violencia en masa	149
La primera máquina	155

El primer vaso de leche	161
La primera droga	165
El primer gato	171
La primera operación quirúrgica	175
<i>Epílogo</i>	183
<i>Glosario</i>	187
<i>Notas</i>	193
<i>Agradecimientos</i>	207

Para Zoé, una preciosa primera vez

PREFACIO

Las primeras veces de las que trata este libro remiten a preguntas que todos nos planteamos: ¿de dónde vengo?, ¿qué había antes de mí?... En efecto, ¿quién no se ha preguntado nunca sobre las primeras veces de la humanidad: la primera herramienta, el primer fuego, la primera pintura, la primera arma, el primer asesinato...? Este inventario al estilo Prévert refleja algunas preguntas clave acerca de nuestras sociedades, ávidas de categorización.

¿Qué representan esas primeras veces? ¿Qué sentido darles? ¿En qué contexto tienen lugar y por qué les otorgamos tanta importancia?

Sin duda, porque son las que forjan nuestra memoria colectiva, la memoria colectiva de todos los humanos: nuestras primeras herramientas de piedra, las de hace 3,3 millones de años, sirven de punto de referencia para definir al hombre, aunque, según veremos, no se trata de una relación ni sencilla ni unívoca; esos recuerdos compartidos, esos recuerdos transmitidos, son también hitos históricos que nos permiten situarnos en el fresco multimilenario de nuestra larga evolución. Nuestras primeras veces son también individuales; nos remiten a instantáneas, a individuos, a invenciones e incluso a sentimientos más personales: nuestra vida está jalonada de primeras veces, al igual que, a escala colectiva, lo está la historia de la humanidad. Como veremos, si bien hay primeras veces que pueden situarse y recomponerse con precisión, hay

otras cuya datación¹ se nos escapa: en muchos casos, captamos dichos procesos cuando ya están bien avanzados.

Pero, sea como sea, las primeras veces anteriores a la Historia, situadas en su contexto cronológico, permiten descifrar algunas de las grandes etapas evolutivas del comportamiento humano. Vamos a retroceder juntos en el tiempo usando los conocimientos más actuales sobre la prehistoria y la evolución humana para pasar revista a las primeras veces fundacionales, aquellas que nos han convertido en lo que somos.

Daremos comienzo a este viaje en el tiempo con los primeros vestigios arqueológicos del comportamiento humano, en concreto con las primeras herramientas de piedra tallada, que datan de hace 3,3 millones de años, y terminaremos con los últimos cazadores-recolectores europeos, al comienzo de una profunda evolución que convertiría a los cazadores en ganaderos, a los recolectores en campesinos y a los nómadas en sedentarios en el seno de los primeros asentamientos.

A lo largo de esta epopeya humana, cambiaremos a menudo de universo, ya que pasaremos del ámbito de la técnica al de las esferas económica, social y simbólica; cambiaremos de escala, tanto en el plano espacial como en el temporal, y, aún más importante, cambiaremos de mirada sobre las primeras sociedades humanas.

A través de todas estas primeras veces, los invito a todos ustedes a hacer un vertiginoso viaje por el pasado de la humanidad para encontrar al hombre primitivo, cuyas prácticas arrojarán una luz nueva sobre nuestro presente...

¿Cuáles son nuestras primeras huellas, en el sentido de vestigios identificables y susceptibles de ser datados por los arqueólogos? Diría que los restos arqueológicos más antiguos conocidos hoy en día son las piedras talladas de Lomekwi en Kenia, con una antigüedad de 3,3 millones de años.² Pero ¿se trata de nuestra primera huella, del primer indicio que se conserva de una actividad humana?

Dicha pregunta puede parecer sencilla, pero no lo es en absoluto, pues presupone otras tantas anteriores: ¿qué es lo que nos hace humanos?, ¿a partir de cuándo, en la evolución de los primates y los *homininos*, se habla de *humano*, en el sentido estricto del término?, ¿tiene sentido definir al *primer hombre*?, ¿se puede, siguiendo criterios científicos, establecer una distinción fundamental entre los *Hominini* humanos y los no humanos? Hace algún tiempo algunos habrían dicho que, para ser humano, habría que contar, además de con un bipedismo activo, con la capacidad de fabricar herramientas. Pero las cosas ya no son tan simples: según nuestros conocimientos actuales, la invención de la herramienta de hace 3,3 millones de años precede con mucho a la aparición del género *Homo*. Por tanto, no existe una relación estricta y unívoca entre los primeros miembros del género humano y las primeras herramientas de piedra.

A menudo se dice que las herramientas son características del hombre, pero eso no es del todo exacto; sabemos, por

ejemplo, que los chimpancés introducen palos en las termiteras para capturar insectos o que usan piedras a modo de martillo y yunque para cascar nueces. En un famoso artículo³ publicado en 1999 en la revista *Nature* se elaboraba un inventario bastante completo de los comportamientos culturales de dicho primate. A raíz de su publicación, se sugirió que la característica propia de las culturas humanas era la capacidad acumulativa, ya que las tecnologías mejoraban de forma progresiva a base de innovaciones que se transmitían y acumulaban de generación en generación.⁴ También se podría barajar la posibilidad del lenguaje complejo, así como nuestra facultad de combinar palabras según una gramática que permite formar frases para dar a las palabras un sentido más complejo que el que resulta de su simple suma. En resumen, podríamos seguir discutiendo largo y tendido sobre cuáles son los criterios que hacen que el hombre sea humano... sin llegar necesariamente a ponernos de acuerdo.

Lo que querría expresar aquí, antes de comenzar este largo viaje a través de nuestras primeras veces, es el aspecto finalista y antropocéntrico del concepto de *hominización* en sí, es decir, de los procesos evolutivos, biológicos y culturales que confluyen en lo que nos caracteriza hoy en día. Uno de los primeros en fundar dicho concepto fue sin duda Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), cura jesuita francés, además de geólogo y paleontólogo, que intentó reconciliar sus conocimientos de paleoantropología con una mística de la evolución que convertía al hombre en el culmen de los seres vivos.⁵ Hoy en día ya no es posible razonar de esa forma, en especial porque todos los criterios que, en el pasado, se establecieron para definir los umbrales del proceso de hominización que lleva hasta nosotros han resultado ser frágiles en extremo.

Durante mucho tiempo se insistió en la capacidad volumétrica de la cavidad craneal, con un Rubicón cerebral más allá del cual se podría hablar de humanos completos. Pero las

cosas son complejas: los primeros *Homo* presentan una capacidad craneal máxima de 600 cm³ y los australopitecos no andan muy lejos, con sus 500 cm³, mientras que los neandertales nos superan a veces en ese aspecto (alrededor de 1500 cm³ en los neandertales frente a los 1350 cm³ del *Homo sapiens*). Asimismo, el bipedismo está presente, de varias maneras, en distintos primates, y acabamos de mencionar las limitaciones de un enfoque basado en las herramientas y el lenguaje.

En cambio, hay un elemento indiscutible: el hombre actual tiene su origen en la evolución de los primates africanos de hace al menos diez millones de años. Durante este largo proceso, varios aspectos han influido en nuestro aspecto actual y, entre ellos, el azar de la selección natural ha sido determinante.

Definir al primer humano hoy en día depende, pues, del enfoque que elijamos. Por ejemplo, como subraya mi colega José Braga,⁶ podemos intentar definir el género humano tomando como primer elemento definitorio las características humanas actuales. Es un proceso que tiene sentido, pero resulta incompleto dado que el producto final, todas nosotras y todos nosotros, no permite predecir por sí mismo las distintas etapas del recorrido evolutivo. Siguiendo estas reflexiones, ¿cómo podríamos haber integrado al neandertal y su singular anatomía en la familia de los humanos? Y, sin embargo, caza, habla, entierra a sus muertos e incluso utiliza ya los *hashtags*, como veremos... En un primer sentido, el proceso de hominización no es defendible desde un plano biológico por ser demasiado finalista. Así pues, hay que pensar en la evolución no sólo partiendo de nosotros como tipo ideal, sino avanzando también desde el pasado hasta la actualidad para integrar en nuestra comprensión del género *Homo* a otros predecesores, por ejemplo, el parántropos y el australopiteco. En el plano evolutivo, también es importante (aunque no sólo) pensar que el hombre es un animal más y distanciarnos, en la medida de lo posible, de una antropología ingenua y espontánea que en la

evolución humana únicamente vería una cadena de acontecimientos orientados a lo que somos hoy en día. En otras palabras, distanciarnos de una visión finalista contraria a las principales enseñanzas del darwinismo.

Como vemos, tanto en la evolución humana como en las ciencias en general, nunca se da una respuesta contundente a una pregunta supuestamente simple. Por el contrario, hay que huir de la seguridad para analizar los hechos, articularlos y proponer prolijas hipótesis que luego deberemos poner a prueba una y otra vez para confirmarlas, modificarlas e incluso rebatirlas. Dicha duda es la esencia misma de la práctica científica y debe ser la base de nuestros planteamientos. Así pues, el primer vestigio se convierte entonces en una indagación tan vana como la búsqueda del primer relámpago original que creó al Hombre.